

DIRECTOR
Héctor Díaz-Polanco

EDITOR
Fernando Serrano Ramírez

CONSEJO EDITORIAL

Barry Carr ■ Elvira Concheiro Bórquez ■ Gerardo de la Fuente Lora
■ Héctor Díaz-Polanco ■ Pablo González Casanova ■ José Ángel Leyva
■ Luciano López Zamudio ■ Arnoldo Martínez Verdugo ■ Ricardo
Melgar Bao ■ Carlos Payán Vélver ■ Andrés Ruiz ■ Enrique Semo ■
Raquel Sosa Elízaga ■ Raquel Tibol ■ Gabriel Vargas Lozano ■ Mario
J. Zepeda ■

JEFE DE REDACCIÓN Alejandro Miguel

COORDINADORA GENERAL Consuelo Sánchez

CONSEJO DE REDACCIÓN Sergio Cabrera, Gisela González, Ricardo Melgar,
Massimo Modonesi, Consuelo Sánchez, Fernando Serrano, Pablo
Yankelevich

ASISTENTE DE EDICIÓN Tania Domínguez Zúñiga

DISEÑO Y FORMACIÓN DIGITAL Designio Editores-JSI

INTERNET Silvia Flores

ADMINISTRACIÓN Y VENTAS Alejandro González Prieto

CONSEJO DE COLABORADORES

Presidente: Gerardo de la Fuente Lora ■ Javier Aguilar ■ Jorge Alonso ■
Gilberto Alvide ■ Enrique Arriola W. ■ Alberto Aziz Nassif ■ Juan Bañuelos ■
Armando Bartra ■ Fernando Bazúa ■ Elena Beristáin ■ Guillermo Briseño ■
Tatiana Bubnova ■ Sergio Cabrera ■ Enrique Calderón Alzati ■ Daniel Cazés
■ Juan Luis Concheiro ■ Arnaldo Córdova ■ Luis F. Crespo Oviedo ■ Elisabetta
Di Castro ■ Mónica Díaz Pontones ■ Evodio Escalante ■ José María Espinosa ■
Carlos Figueroa Ibarra ■ Jorge Fuentes Morúa ■ José G. Gandarilla S. ■ Pablo
Gómez ■ César Güemes ■ Lourdes Herrasti ■ Arturo Herrera ■ Arturo Huerta
■ Dora Kanoussi ■ Marcela Lagarde ■ Margarita León ■ Óscar Martiarena ■
Ana María Martínez de la Escalera ■ Massimo Modonesi ■ Roberto Melville
■ Edith Negrín ■ Lucio Oliver ■ Rina Ortiz Peralta ■ Gabriel Rodríguez
Álvarez ■ Luis Ignacio Sáinz ■ Consuelo Sánchez ■ John Saxe-Fernández ■
Daniela Spenser ■ Jaime Tamayo ■ Jussara Teixeira ■ Arturo Trejo Villafuerte
■ Gerardo Unzueta ■ Roberto Varela ■ Hugo Zemelman ■ Felipe Zermelo ■
■ Sergio Zermelo ■

REPRESENTANTES EN PROVINCIA

Sinaloa: José Antonio Ríos Rojo ■ San Cristóbal de las Casas, Chiapas: Aracely
Burguete ■ Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Florentino Pérez ■ Guadalajara, Jalisco:
Laura Romero ■ Xalapa, Veracruz: Rosío Córdova ■ Ensenada, Baja California
Norte: Concepción Martínez ■

Todos los artículos son objeto del arbitraje final del Consejo de Redacción. Las ideas y los puntos de vista vertidos en cada artículo son responsabilidad de sus autores.



Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista A. C.

Presidente y Director Fundador: Arnoldo Martínez Verdugo

Director General: Carlos Payán Vélver

Memoria es una publicación mensual del Centro de Estudios del Movimiento Obrero Socialista, A. C. Pallares y Portillo 99, Col. Parque San Andrés, México, D. E., C. P. 04040. Teléfonos: 55 44 98 26, Fax: 55 49 02 53, e-mail: cemos@memoria.com.mx, website: www.memoria.com.mx

Certificado de licitud de título No. 5008 (otorgado el 13 de mayo de 1992). Reserva de Título No. 11796-92. ISSN 0186-1395. Precio del ejemplar: \$ 25.00.

Distribución exclusiva en México: Distribuidora de Impresos S. A. (DIMSA)

Impreso en Tipografía Diseño e Impresión, S.A. de C.V., Prosperidad 102, colonia Escandón, D.F., Teléfono 52723422

MEMORIA^{ce mos}

CONTENIDO

EDITORIAL

4 Nadando en la corrupción II

LA NACIÓN

5 La degradación del IFE

Jorge Alonso

18 La toma del IFE

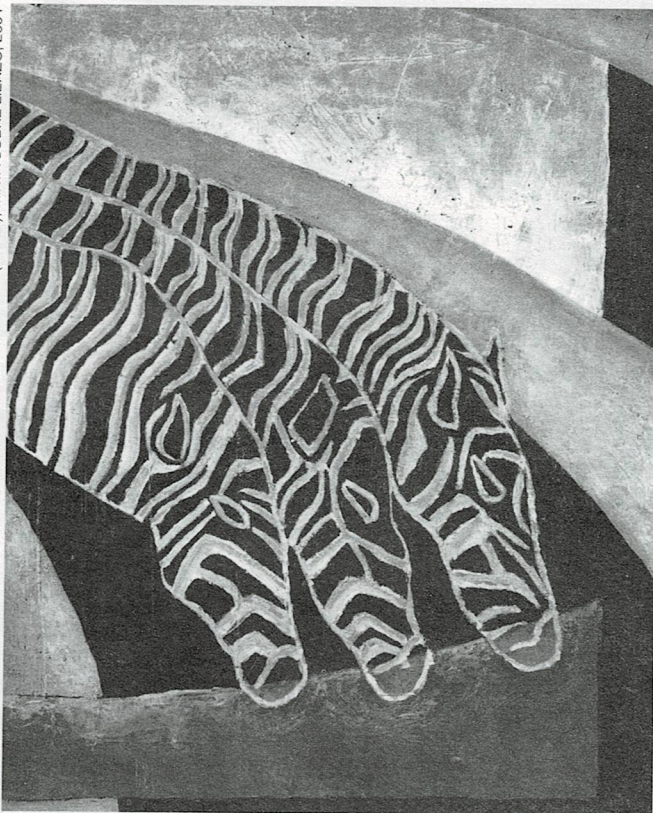
Pablo Gómez

ECONOMÍA

22 México, el Banco Mundial en acción:
una revisión del *Country Assistance Strategy 2002-2005*

Gian Carlo Delgado Ramos
y John Saxe-Fernández

MARISA LARA/ARTURO GUERRERO, WHITE AND BLACK, BLACK AND WHITE (KENIA), MIXTA SOBRE LIENZO, 2004



La estrategia socialista frente al imperialismo actual

Samuel Arriarán

En la historia de las revoluciones sociales existieron no uno, sino varios tipos de enfoques sobre la estrategia socialista (reformista, radical, etcétera). Vale la pena referirse hoy, dado el impresionante resurgimiento imperial que se inicia el 11 de septiembre de 2001, a un enfoque olvidado del marxismo que, en épocas pasadas, se llamaba “antimperialista”.

Las raíces de este enfoque pueden hallarse en algunos escritos en torno de la cuestión nacional en Marx, Lenin y, en América Latina, en Mariátegui, en los teóricos “dependentistas”, en el Che Guevara y muchos otros. En esta ponencia intentaré partir de estos planteamientos críticos y confrontarlos con la globalización. Frente a esta realidad, ¿tiene algo que decir la filosofía política marxista? Nadie negará que los temas de la nación y el imperialismo fueron ampliamente desarrollados en esta tradición filosófica; sin embargo, ¿esos planteamientos son viables actualmente?

Según las teorías de moda como el posmodernismo, el imperio actual no puede entenderse con los conceptos de la época anterior. Los ideólogos posmodernos, no contentos con haber declarado la muerte del socialismo, se apresuran ahora a declarar la defunción del Estado-nación, al mismo tiempo que realizan una apología del imperialismo. Dado que los argumentos que nos ofrecen son poco convincentes, conviene reexaminar el enfoque marxista de la cuestión nacional. Es de elemental justicia reconocer que hubo importantes aportes de este enfoque a la teoría de la nación. Además, puede afirmarse que el actual interés por la globalización tiene en parte sus orígenes en la preocupación marxista en la evolución del capitalismo. Como dice Sánchez Vázquez, hay que entender que el imperio es propio de un sistema económico y social (el capitalismo) hegemonizado por las empresas transnacionales de Estados Unidos.

1. Las ideas de Marx y Engels sobre la cuestión nacional

En diversos textos de Marx y Engels, existen muchas ideas sobre la cuestión nacional; sin embargo, dichas ideas aparecen en formas contradictorias. Junto a hipótesis fecundas, se presentan otras de carácter confuso como cierta hostilidad a los movimientos nacionales de su época. Quizá esta actitud se debió a un análisis incorrecto de la expansión capitalista a nivel internacional¹. Según este análisis, la revolución socialista estallaría en los países más desarrollados, además de que dicha revolución serviría de base a los movimientos de liberación nacional. Hay que destacar, por otra parte, que esta visión que tenían Marx y Engels estaba relacionada con la situación política de ese momento. El marco de su reflexión sobre el desarrollo de las naciones modernas estaba trazado por su contexto histórico. ¿Puede afirmarse que al cambiar el contexto histórico cambiaron también su manera de analizar la cuestión nacional? Ellos vieron después de 1848 que no podían mantener su esquema anterior, ya que las relaciones entre las metrópolis y los países atrasados fueron haciéndose cada vez más desiguales, con el consiguiente enriquecimiento de unas y empobrecimiento de otros. Más adelante, en 1867, comienzan a ver que, en el caso de las relaciones entre Irlanda e Inglaterra, las cuestiones políticas manifiestan una novedad: el movimiento obrero inglés aparece como aliado de la burguesía de ese país

frente al pueblo irlandés. Esto ocasiona que Marx y Engels conciben a la emancipación nacional de Irlanda como la condición primordial para la emancipación social de los obreros ingleses. De este modo, ambos se convencerán de que su esquema anterior a 1848 (que consideraba que la revolución de las metrópolis era la que tenía que liberar a las nacionalidades oprimidas) exige un viraje radical. La idea de la importancia de este viraje aparece en una carta que Marx envía a Engels el 10 de diciembre de 1869 en la que dice lo siguiente:

“Durante largo tiempo he creído que era posible derribar al régimen irlandés mediante la influencia de la clase obrera inglesa. Siempre he sostenido esta opinión en el *New York Tribune*. Un estudio más profundo me ha convencido de lo contrario. La clase obrera inglesa no podrá hacer nada antes de liberarse de Irlanda. Hay que apoyarse en Irlanda. Por este motivo la cuestión irlandesa es tan importante para el movimiento social en general”².

De esto se deduce que para Marx y Engels el centro de la revolución no es ya el proletariado de las metrópolis, sino las masas sojuzgadas por esos países. De este modo, su visión de la historia se modifica radicalmente; comprueban que los países occidentales no son los únicos agentes del cambio social y menos el eje de la revolución mundial. Por otro lado, este viraje teórico a partir de los escritos sobre Irlanda deja atrás la vieja teoría de raíz hegeliana de los pueblos sin historia. Es importante subrayar esto, ya que la mayoría de los intérpretes de Marx (como Rosdolsky) se quedaron con esa idea eurocéntrica de que la cuestión nacional se reduce a una simple oposición entre pueblos con historia y sin ella.

2. Mariátegui

José Carlos Mariátegui habló de la necesidad de un socialismo antimperialista e indoeuropeo, ya que el principal problema social de muchos países de América Latina es el problema nacional. El aporte de Mariátegui reside, por una parte, en proponer una nueva interpretación de la realidad latinoamericana y, por otra, en ofrecer una estrategia socialista basada en dicha interpretación.

La realidad que interpreta Mariátegui es la de un país atrasado, sometido al imperialismo con una mayoría poblacional indígena en condiciones de absoluta marginación social³. Justamente, esa presencia indígena constituye para Mariátegui el problema nacional. Al considerar que dicha presencia tiene una gran importancia para el desarrollo de una política socialista, advierte la insuficiencia del concepto de clase, razón por la que se ve en la necesidad de elaborar una nueva estrategia que no se reduzca a una lucha clasista entre burguesía y proletariado.

Evidentemente, Mariátegui coincide con el paradigma de Lenin sobre la necesidad histórica de la lucha antimperialista, pero lo interesante de Mariátegui es que va más allá de los planteamientos de Lenin al abarcar el problema indígena. Esto significa que, para Mariátegui, es posible combinar el socialismo con la realidad multicultural y pluriétnica. En este sentido, habló de la posibilidad de combinar las tradiciones indígenas con la modernidad occidental. Obviamente, este tipo de marxismo se salió del dogmatismo de la

época. Para ese marxismo dogmático, positivista, cientificista (igual que para casi toda la tradición de los partidos de izquierda en América Latina), la solución al problema indígena era su desaparición mediante la integración a la cultura occidental. En este sentido, las tradiciones culturales eran incompatibles con el desarrollo de las fuerzas productivas. Precisamente, ese desarrollo implicaba sacrificar esas tradiciones, ya que ellas constituían elementos relacionados con el atraso.

¿Puede conciliarse el desarrollo de las fuerzas productivas con la realidad multicultural y pluriétnica de América Latina? La respuesta podría ser de dos maneras: a) relativizando la idea del desarrollo lineal de la historia y b) relativizando la idea de que el progreso implica forzosamente liquidar las tradiciones indígenas. Hoy en día, está en crisis el paradigma del desarrollo de las fuerzas productivas. Esta es una cuestión que no previó Marx. Ya no puede pensarse que las fuerzas productivas tienen un desarrollo ilimitado o que pueden ser la única vía de progreso. Hay que buscar otras formas de racionalidad y de organización social. Esto significa que podemos pensar en la posibilidad de una revaloración de la estrategia socialista a partir de las tradiciones culturales y no necesariamente de las necesidades del productivismo económico-industrial. Esto no se contradice con el pensamiento de Marx. Al contrario, coincide con sus ideas sobre la historia cuando no pensaba que el capitalismo tuviera que darse en todas las sociedades, de manera lineal e inexorable.

A partir de la concepción indoeuropea y antimperialista de Mariátegui, puede reivindicarse hoy una valoración socialista de las tradiciones culturales y plantear frente a la globalización neoliberal otro tipo de modernidad. Esto significa buscar una concepción ética relacionada con una forma alternativa al sistema capitalista. Quiero decir que en las Juntas de Gobierno indígenas hay una moral recuperable (de trabajo cooperativo, de servicio social y de lógica no mercantil) que puede ser útil hoy en día frente a la lógica neoliberal y sus exigencias tecnocráticas.

3. La teoría de la dependencia

En los años sesenta y setenta muchos autores en varios países latinoamericanos señalaron que la verdadera causa de nuestro subdesarrollo no estaba en los elementos tradicionales que subsistían en América Latina, sino más bien en los *elementos de modernidad* que imponían relaciones de dependencia entre naciones. Evidentemente, estos autores descalificados posteriormente como “dependentistas” estaban influidos por las obras de Rosa Luxemburgo, Bujarin, Trotsky, Lenin y otros contemporáneos como Baran, Sweezy, Samir Amin, Arghiri Emmanuel y Charles Bettelheim, lo cual los presentaba como críticos de la burguesía desde posiciones cercanas a la teoría marxista.

En efecto, los “dependentistas” comenzaron sus estudios destacando las hipótesis sobre el “intercambio desigual” y sobre el “deterioro de los términos de intercambio” (conceptos que numerosos marxistas manejaban entonces para explicar los problemas del comercio internacional y sus implicaciones políticas). En este

sentido, merecen recordarse los trabajos de Arghiri Emmanuel y Charles Bettelheim que, entre otras cosas, señalaron que el aburguesamiento del proletariado y de los partidos comunistas europeos tenía su raíz en las condiciones privilegiadas en que pueden vivir gracias a la explotación ejercida sobre los países dependientes. Esa explotación ha posibilitado los elevados salarios del proletariado europeo con la consiguiente pérdida de solidaridad con el proletariado de los países subdesarrollados⁴. Si bien es cierto que no todos desarrollaron este tipo de hipótesis tan fecundas, sin embargo problematizaron a su modo la relación existente entre naciones, así como la relación entre el Estado nacional y las clases sociales en América Latina. Así, las ciencias sociales latinoamericanas entre 1960 y 1970 no hicieron otra cosa que intentar responder por lo menos a tres cuestiones fundamentales (que por cierto también se lo plantearon Marx y Engels a partir del caso de Irlanda): ¿qué relación existe entre lo interno (el Estado nacional) y lo externo (el mercado mundial)?, ¿es obligatoria la incorporación de la dimensión externa para que tengan sentido las relaciones internas, entendidas estas últimas como relaciones de dependencia?, ¿la relación entre naciones tiene un fundamento de clase?, ¿pueden suprimirse las premisas nacionales para la explicación de las luchas de clases en América Latina?

Ya vimos que la respuesta de Marx y Engels (en el caso de Irlanda) fue que había que reorientar el análisis político entre lo interno y lo externo. Hay un fundamento de clase en la relación entre naciones, pero también *toda lucha de clase tiene un componente nacional*. En el caso de los autores latinoamericanos, el surgimiento de esta problemática no obedeció de ningún modo a necesidades puramente internas de las ciencias sociales, sino que respondió a la coyuntura de mediados de los años sesenta. En este sentido, hay que destacar los siguientes hechos: 1) la revolución cubana; 2) las elevadas tasas de empobrecimiento extremo de las masas y del desempleo; 3) la aparición de dictaduras militares a partir de 1963; y 4) el fracaso de alternativas populistas.

En este contexto histórico, no es difícil comprender el esfuerzo de los “dependentistas” por analizar el carácter estructural de los problemas latinoamericanos. Según ellos, el desempleo y la marginalización de los sectores populares responde a los efectos de la integración de América Latina a la economía mundial. En este sentido, su mérito indiscutible fue introducir el análisis del factor externo para dar sentido a la explicación de los problemas internos. Como decía Ruy Mauro Marini:

“Es a partir de entonces cuando se configura la dependencia entendida como una relación de subordinación entre naciones formalmente independientes, en cuyo marco las relaciones de producción de las naciones subordinadas son modificadas o recreadas para asegurar la reproducción ampliada de la dependencia”⁵.

En palabras de André Gunder Frank, “la relación colonial por lo tanto determina el modo de producción, la estructura de clase, los intereses de la burguesía y la política del subdesarrollo”⁶. Ciertamente, la teoría de la dependencia acabó por reducir el

análisis unilateralmente al factor externo. Según algunos, esta teoría se volvió mecanicista, adialéctica y acabó por deducir todo de nuestra articulación con la economía mundial. Pese a estas limitaciones, sin embargo cumplió un papel positivo en el desarrollo de una estrategia antimperialista adecuada a la realidad de América Latina, ya que motivó la inquietud por denunciar las formas de “ayuda exterior”, la injerencia de la CIA y el papel de las empresas transnacionales.

Es importante tener en cuenta también que los “dependentistas” comenzaron a difundir sus trabajos en la revista cubana *Pensamiento crítico*. Esto permitió a algunos expresar una posición abiertamente socialista. En este sentido, su preocupación por señalar las causas del subdesarrollo en la relación histórica entre la burguesía latinoamericana y el imperialismo estadounidense los llevó a replantear la idea de que la única vía es la estrategia socialista. Esta revolución pueden hacerla sólo los que objetivamente están interesados en ella. Estos no son la burguesía, ni siquiera la burguesía nacional.

Después de la teoría de la dependencia y a raíz del “derrumbe del socialismo real”, casi nadie habla del imperialismo. Autores como Néstor García Canclini argumentan que “el cosmopolitismo actual y las nuevas dependencias se entienden poco con el vocabulario de la época en que hablábamos de imperialismo y nación”⁷.

Sin embargo, hoy, cuando resurge el imperialismo estadounidense, resulta necesario revalorar algunas tesis de los dependentistas. Esto no quiere decir que haya que rescatarlos en bloque o que haya que repetir al pie de la letra todo lo que escribieron. Lo que hace falta es pensar los nuevos problemas de la realidad y reexaminar la crisis del marxismo, especialmente el significado del derrumbe del “socialismo real”. El problema que hay que explicar ahora es si a pesar de dicho derrumbe y de nuevos fenómenos como la globalización o el “cosmopolitismo” es viable la estrategia antimperialista basada en el internacionalismo propio de los pueblos oprimidos.

4. El significado del derrumbe del “socialismo real”

Uno de los principales rasgos de la situación de los años noventa fue el derrumbe del “socialismo real”. Con este hecho aparentemente habrían fracasado todos los tipos de estrategia socialista que venían experimentándose en decenios anteriores. Parece innegable que la estrategia antimperialista, en particular al hacer énfasis en la liberación nacional, pierde sentido en el momento de triunfo neoliberal y el supuesto advenimiento de la globalización. Por otra parte, se explica que lo que ocasionó el derrumbe fue la emergencia de nacionalismos fundamentalistas. Lo paradójico es que estos movimientos se expandieron fuera del bloque socialista afectando a las sociedades de Occidente en forma de conflictos multiculturales y, lo que es peor, en forma de terrorismo. Antes del 11 de septiembre de 2001, el terrorismo ya se había manifestado, pero a partir de entonces el mundo ha cambiado. La reacción de

Estados Unidos ha sido desproporcionada, desencadenando una contraofensiva de gravísimas consecuencias para la supervivencia de toda la humanidad. A la invasión de Afganistán, siguió la de Iraq. Estas invasiones significan, ante todo, que estamos ante un resurgimiento brutal del imperialismo.

Mientras surgen signos de la más extrema pobreza y barbarie neofascista, también hay signos que pugnan por una salida de la crisis por medio de los movimientos de antiglobalización, pero estas movilizaciones que buscan oponerse a la dominación mundial carecen de una clara orientación estratégica; se reducen a expresiones de desobediencia civil, rebelión desorganizada o actos desesperados de inmolación individual (como el caso del suicidio del coreano en Cancún). Hace falta entonces replantear la estrategia antimperialista a partir de un análisis de la naturaleza de las nuevas formas de dominación: ¿cómo reformular las ideas centrales de la filosofía política marxista en las condiciones históricas de la crisis del neoliberalismo y de la globalización? Responder a esto significa hablar también de la necesidad de otro socialismo ligado con la reivindicación de la soberanía de las naciones. Dado que resurge el imperialismo, hace falta una alternativa socialista diferente que ofrezca una forma de articulación de los movimientos nacionales de resistencia. Frente a la política imperialista que intenta homogeneizar el mundo globalizando por medio de la violencia, resulta viable la estrategia socialista a condición de que se replantee la cuestión nacional. Dicho de otra manera, en el contexto histórico actual ¿son viables los valores nacionales?, ¿es compatible la estrategia socialista con las demandas nacionales?, ¿los Estados nacionales realmente están agotados o quizá definitivamente muertos? El problema es que hace falta reconsiderar los rasgos del proyecto de nación donde se atenúe el peso de la dimensión salvaje de la política neoliberal. Es necesario otro proyecto de nación basado en la diversidad cultural y en la participación de los grupos sociales mayoritarios, un proyecto de nación multicultural o, como dice Luis Villoro, un nuevo Estado plurinacional que garantice la representatividad de los pueblos y se respeten sus propiedades y territorios⁸.

A continuación, voy a referirme a la ideología que impide pensar la actual dominación imperialista. Se trata de una versión de la ideología neoliberal conocida como el posmodernismo. El problema es que se ha dejado a los posmodernos la tarea de proclamar la defunción no sólo del socialismo sino también del Estado-nación, debido a una combinación extraña de nuevos procesos como la globalización económica, la acción de los medios de comunicación de masas y la hibridación cultural.

Lo que no ven los posmodernos es que la globalización económica es impensable sin la existencia del Pentágono, sus bases militares, sus industrias de guerra y su arsenal planetario como pivote de la violencia global. Después del 11 de septiembre, quedó clarísimo para todos los países del mundo que la globalización se identifica con los intereses económicos de Estados Unidos. Podemos advertir también la falta de sentido en el argumento de que los medios de comunicación están creando una cultura de

consumo global que convierte a las culturas nacionales en algo obsoleto. Por supuesto que este es un falso argumento ya que, al contrario, las culturas nacionales reviven por efecto de la política de homogeneización mundial, de modo que, en realidad, puede considerarse la idea de cultura global como una nueva forma de imperialismo consumista⁹. En cuanto a la hibridación cultural, los posmodernos afirman que ya no hay identidades nacionales, ya que existe un enorme flujo de inmigrantes, pero lo que no quieren ver es que la sociedad que acoge a los inmigrantes es siempre una comunidad nacional imperial que actúa como imán para quienes proceden de las ex colonias.

Según los posmodernos, el socialismo ya no tiene ningún sentido, ya que habría fracasado en la ex Unión Soviética. Por tanto, toda idea relacionada con la filosofía marxista no es más que un macrorrelato. En realidad, no hay tal fin del socialismo, ya que, como dice Sánchez Vázquez, del fracaso de la experiencia particular no puede deducirse el fracaso del socialismo en general. Lo que se sustituye es otro gran relato, es decir, que lo que queda del ataque del 11 de septiembre es el gran relato histórico del nacionalismo estadounidense, paradigma de la civilización occidental y su misión redentora de toda la humanidad, del patriotismo, de Dios y de los pueblos elegidos. Al revivir estos relatos fundamentalistas por medio de la violencia, Estados Unidos se vanagloria de liderar la democracia, el mercado y el libre comercio, pero con estos relatos únicamente se encubren las contradicciones de la CIA que contrata terroristas por todo el mundo. ¿Quién, si no la CIA, pagó a Bin Laden los tres millones de dólares para pelear contra los soviéticos?

Es claro que no todo el posmodernismo se reduce a la ideología neoliberal (como las ideas de Foucault, Derrida, Deleuze y otros), pero hoy la mayoría de los posmodernistas como Richard Rorty o Gianni Vattimo y, últimamente, Michael Hardt y Antonio Negri expresan apologías del imperialismo argumentando que sólo hace falta modificar un poco su orientación un tanto salvaje, pero la única manera de hacerlo es participando dentro de sus instituciones. La convergencia se lograría al tener intereses compartidos por desarrollar economías de libre mercado y formas políticas democráticas. Tomando en cuenta que son pocas las ocasiones en que el posmodernismo puede ser compatible con Marx, puede pensarse que no puede constituir una crítica efectiva desde *dentro* de las instituciones del capitalismo. Es necesario hacerlo desde *fuera* del sistema. Lo que muestra su insuficiencia es que no tiene el referente necesario para cambiar la sociedad. Según los posmodernos, lo que impide el enfrentamiento desde afuera es el hecho de que el imperialismo no tiene un centro único. Lo que hay son fragmentos dispersos de dominación, algo así como las redes de poder. Pero lo que no explican es que el Estado neoliberal puede instrumentalizar y despolitizar las acciones más radicales, sobre todo si se presentan en forma fragmentada o aislada. Según ellos, no hay ni puede haber articulación posible entre los movimientos de resistencia. ¿Por qué los movimientos sociales de resistencia no logran articularse? Ciertamente, los medios de comunicación desempeñan una tarea determinante al desprestigiar

la lucha contra el orden social y sus reglas de libre mercado, pero el problema es más complejo, ya que tiene que ver con el proceso histórico de la integración del proletariado en el capitalismo. Esta integración explica la ausencia actual de mediaciones y condiciones necesarias, así como el hecho histórico de por qué el proletariado no alcanzó el poder.

¿El ascenso del proletariado al poder es, en verdad, el fin del opresivo sistema capitalista? Sí, pero hay que precisar qué entendemos por proletariado. El concepto de proletariado puede entenderse en un sentido amplio, es decir, como un conjunto de clases y naciones que sufren la explotación de los capitalistas. Se trata, por ejemplo, de los maestros, intelectuales, estudiantes, campesinos, indígenas, médicos, ingenieros, etcétera. Para que todos estos sectores sociales puedan considerarse como parte del proletariado, se necesita que tengan conciencia socialista, esto es, que identifiquen como enemigo a la clase burguesa, *además del imperio*. En este sentido, Atilio Borón señala la paradoja de que mientras el término "imperialismo" ha caído en desuso, las realidades del imperialismo son mucho más vívidas e impresionantes que nunca¹⁰. Por esta razón, no es suficiente hablar sólo de la clase burguesa de manera abstracta. Es necesario subrayar que su expresión actual se identifica con la nueva lógica global de dominio. Es obvio que este dominio no es abstracto, sino que corresponde al interés muy concreto de los grandes conglomerados empresariales que controlan el gobierno de Estados Unidos; son instituciones internacionales como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la Organización Mundial de Comercio y muchas otras al servicio de los intereses corporativos estadounidenses.

El neoliberalismo aparece, junto con la globalización, como una nueva forma o sistema de organización capitalista, lo que significa que su funcionamiento adquiere un aspecto radical y más salvaje. Sus puntos de apoyo residen en el hecho de que se necesita libertad de mercado con la consiguiente eliminación del papel del Estado. Frente al Estado de bienestar, se trata de establecer medidas como la congelación o reducción salarial, total eliminación de obstáculos para la circulación de mercancías, toda clase de facilidades para la inversión del capital extranjero, etcétera. Como nueva forma de organización estatal capitalista, requiere de reformas exigidas por instituciones, como el Fondo Monetario Internacional, que son en definitiva quienes imponen las reglas de libre mercado. Las reformas estatales vinculadas con el neoliberalismo se manifestaron en las políticas de casi todos los gobiernos en todo el mundo. Sus expresiones fueron principalmente la redistribución de la renta en favor de los ricos y la privatización de las empresas públicas, o sea que el sistema neoliberal constituye un nuevo conjunto de mecanismos económicos y políticos para garantizar que los ricos mantengan el tipo de sociedad que se considera necesario¹¹.

Entre los nuevos mecanismos políticos que el neoliberalismo ha reactivado figura la democracia burguesa, pero en todos los países donde los gobiernos democráticos han intentado realizar reformas estatales a través de cambios en la legislación o en el

mejoramiento de las normas electorales, dichos cambios han significado muy poco para las clases explotadas; en realidad, sólo han demostrado servir bien a los intereses hegemónicos de Estados Unidos. La democracia se utilizó y sigue utilizándose como cobertura no coercitiva para imponer el modelo neoliberal. Es innegable que la lección que deja la experiencia latinoamericana es que hay un equivalente funcional al trauma de la dictadura militar como mecanismo para inducir democrática y no coercitivamente a un pueblo a aceptar las más drásticas políticas neoliberales. Aun cuando un gobierno de izquierda llega al poder (como en el caso del gobierno de Lula), se comprueba que, ante las presiones del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, no queda otro remedio que seguir aplicando las medidas neoliberales. Como dice Chomsky, para estrangular a algunos gobiernos ahora ya no hace falta intervenir militarmente (aunque podemos agregar por nuestra parte que el imperio no va a renunciar a destruir a un país por la vía militar). Mientras tanto, en América Latina, Estados Unidos actúa tranquilamente a través de la aplicación de medidas neoliberales. Como alternativa puede fundamentarse la legitimidad y viabilidad de una estrategia antimperialista que sirva como orientación de las movilizaciones contra la globalización. No será fácil descartar el factor de la soberanía y de las reivindicaciones nacionales. Tampoco podemos aceptar las prescripciones de quienes, como Habermas, desearían únicamente una estrategia fundada en la construcción de una forma de patriotismo constitucional o de una nueva ciudadanía posnacional. Estos planteamientos no sólo constituyen teorías equívocas eurocéntricas, sino también representan posturas políticas insuficientes que inducen a engaño frente a la dominación del imperio actual. ■

NOTAS

¹ George Haupt y Claude Weill, *Marx y Engels frente al problema de las naciones*, Fontamara, Barcelona, 1978.

² Marx y Engels, *Imperio y colonia. Escritos sobre Irlanda*, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1979, p. 26.

³ José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos sobre la realidad peruana*, Biblioteca Amauta, Lima.

⁴ A. Emmanuel y otros, *Imperialismo y comercio internacional (el intercambio desigual)*, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1991.

⁵ Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, Era, México, 1973, p. 100.

⁶ André Gunder Frank, *Feudalismo, capitalismo y subdesarrollo*, Akal, Madrid, 1977.

⁷ Néstor García Canclini, *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*, Paidós, Buenos Aires, 2002, p. 54. Ver también Néstor García Canclini (coord.), *Culturas en globalización. América Latina-Europa-Estados Unidos: libre comercio e integración*, Ed. Nueva Sociedad, Caracas, 1996.

⁸ Luis Villoro, *Estado plural, pluralidad de culturas*, Paidós-UNAM, México, 1998.

⁹ Anthony D. Smith, *Nacionalismo y Modernidad*, Istmo, Madrid, 2000, p. 374.

¹⁰ Atilio Borón, *Imperio. Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*, CLACSO, Buenos Aires, 2002.

¹¹ Noam Chomsky, *Crónicas de la discrepancia*, Visor, Madrid, 1993, p. 189.